

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Las prácticas sociales genocidas en El Salvador.

Lucrecia Molinari.

Cita:

Lucrecia Molinari (2009). *Las prácticas sociales genocidas en El Salvador. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2240>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Las prácticas sociales genocidas en El Salvador

Lucrecia Molinari

UBA – UNSAM.

molinari_l@yahoo.com.ar

Introducción

El presente trabajo busca analizar dos momentos de la historia salvadoreña –la represión de 1932 y la estrategia contrainsurgente implementada en el marco de la Guerra Civil en los 80- a la luz del concepto de *práctica social genocida*, definido por D. Feierstein como:

“aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad y del uso del terror, producto del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios”¹.

Sin llegar a determinar la justeza de dicho concepto para el caso de la guerra civil, se buscará hacer hincapié en las relaciones sociales que constituyeron el blanco de ambas prácticas represivas.

¹ Feierstein, D. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2007. p.83.

La “matanza” de 1932

En 1881 se da inicio en El Salvador –tardíamente en relación con otros países centroamericanos- a una muy rápida expansión de la moderna producción cafetalera. Esta supuso la abolición de las tierras comunales y ejidos, e implicó, para las masas salvadoreñas un altísimo costo social. Dicha producción se sostuvo en tres pilares: la expoliación de los campesinos e indígenas despojados totalmente de sus tierras y obligados a trabajar en las fincas, la alta concentración de tierras en las llamadas “14 familias”² u oligarquía cafetalera, y la represión continua de las masas por parte de las Fuerzas Armadas³.

La rebelión que se produce el 22 de enero de 1932, en las regiones de Ahuachapán, Sonsonate y parte de La Libertad es identificada por muchos como la última rebelión indígena. Si bien se reconoce la participación del incipiente Partido Comunista salvadoreño, éste fue más bien responsable de la agitación política previa y el alzamiento abortado pocos días antes⁴.

La pobreza extrema a la cual fue arrastrada la población indígena y campesina tras la supresión de los ejidos comunales, la eliminación de buena parte de los cultivos alimenticios y los irrisorios salarios, sumado a la creciente represión, fueron las causas profundas de este alzamiento protagonizado por grupos desconectados de indígenas desarmados, que registra alrededor de 100 víctimas⁵.

La reacción del gobierno de facto, en ese momento en el poder, fue sangrienta. Las estimaciones más citadas rondan los 10.000 muertos⁶, aunque otros sostienen que se produjeron alrededor de 30.000 muertes en sólo 3 semanas⁷. Este saldo brutal de muertes, "desindigenizó definitivamente al país"⁸. Las matanzas en plazas y otros formas de escarmiento ejemplificador, se sucedieron durante tres meses, hasta que “en la zona occidental, región indígena por excelencia, el concepto mismo de indígena se vuelve residual”⁹.

Es por su efectividad en la "desindigenación" material de El Salvador –dado que el grueso de los muertos por la represión fueron indígenas y esto logró diezmarlos considerablemente-; pero tan importante como esto, por los efectos que tuvo en el plano simbólico -"sólo algunas mujeres muy viejas llevan la vestimenta ‘indígena’, el huipil y el refajo. No se habla náhuatl sino en privado y a

² Aún cuando no existe evidencia de que realmente hayan sido tan pocas, el mito de las catorce familias salvadoreñas grafica la concentración de poder económico y político imperante en El Salvador en éste período.

³ Rouquie, A. Guerras y paz en América Central México. FCE, Méjico, 1994. P. 39

⁴ Pérez Brignoli, Héctor. *La rebelión campesina en El Salvador en 1932*, Anderson, T. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. CONCULTURA, San Salvador, 2001.

⁵ Anderson, T.: *El Salvador 1932 (Los sucesos políticos)* Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José de Costa Rica, 1976

⁶ Ib. Idem.

⁷ Siegel, D. y Hacken, J.: *El Salvador: la nueva visita de la contrainsurgencia*. En Klare, M., Kornbluh, P. (coords.) *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo*. Edit. Grijalbo, 1990

⁸ Rouquie, A. Op Cit. P.34

⁹ Ib. idem. P.37

escondidas"¹⁰- que podemos hablar de la masacre de 1932 como una verdadera *práctica social genocida*¹¹.

Una profunda capacidad desarticuladora fue desplegada. No sólo las cofradías –uniones que cristalizaban los lazos indígenas- fueron desarticuladas, sino que la sociedad toda fue convertida en una sumatoria de individuos aislados y aterrorizados. Sus efectos inmediatos -el aniquilamiento de alrededor de 30.000 personas- fueron seguidos por sus consecuencias a largo plazo: durante más de 30 años, ninguna fuerza social tendrá el poder suficiente para cuestionar el mandato de la oligarquía cafetalera y sus servidores militares, sin ser eliminada en el intento.

Antecedentes y desarrollo de la guerra civil de 1981-1992

Las décadas del '60 y '70 son identificadas en Centroamérica como los "20 años gloriosos" ya que, al calor del Mercado Común Centroamericano (MCCA), estos países vivieron un período de desigual crecimiento económico y relativa modernización económica, social y cultural. Aún con sus límites, este crecimiento económico logró repercutir favorablemente en el ámbito urbano. Entre otros efectos, se observa un aumento de los niveles de alfabetización y urbanización, una multiplicación de la población universitaria y los grupos profesionales y el surgimiento de una incipiente clase obrera¹².

Al calor de un creciente descontento social las demandas sociales, político-democráticas, económicas y laborales de estos nuevos sectores sociales confluirán y el inmovilismo político y la desarticulación social producidos por los hechos de 1932, comenzarán lentamente a desmoronarse¹³

En las estrechas grietas de una sociedad paralizada y aterrorizada va surgiendo aquella fuerza que es capaz de enfrentarse a la dominación cafetalera y que subsiste aún tras la represión inmediata de las fuerzas de seguridad. Cada vez más numerosa, policlasista desde sus inicios, con una representatividad y legitimidad de la cual no gozarán ninguno de los partidos políticos insertos legalmente en el sistema político, las organizaciones populares tendrán llegada a ámbitos urbanos y rurales, desarrollando actividades mas allá de lo sindical o lo político -electoral¹⁴.

¹⁰ Ib. idem. P.37

¹¹ Feierstein, D. op cit. p.83.

¹² Rouquie, A. Op. Cit.

¹³ TORRES RIVAS, E. Centroamérica. Revoluciones sin cambio revolucionario. En ANSALDI, W. (coord). Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente. Edit. Ariel, Buenos Aires, 2004.

¹⁴ Álvarez Solís, G.; López Vigil, M., Morales, J. El Salvador: la larga marcha del pueblo (1932-1982). Edit. Revolución, Madrid, 1982.. Pp 110

Unificadas en el discurso anticomunista que ingresa en El Salvador a instancias de Estados Unidos, tras la Revolución Cubana¹⁵, el alto mando castrense constituirá una sólida alianza con la oligarquía cafetalera y dirigirá en su nombre una brutal represión¹⁶.

La agitación popular irá en aumento; a la par, las muertes de salvadoreños en manos del ejército¹⁷. Estos choques serán más fuertes cuanto más deficientes se muestren los métodos democráticos de participación política. Sucesivos fracasos en la lucha por la ampliación democrática irán acercando cada vez más la organización popular en general, a las organizaciones armadas que ya a partir de 1970, empezaron a surgir¹⁸. Hacia 1979, los grupos guerrilleros más fuertes -Fuerzas Populares de la Liberación Nacional (FPLN), Partido Revolucionario Salvadoreño (PRS), Resistencia Nacional (RN), Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTCA)- convergen en una misma organización (FMLN) vinculada a la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM). Hacia finales de los '70 y principios de los '80 la guerrilla logra desarrollar acciones militares que suponen amplio apoyo popular (tales como sabotajes y ataques a vías de comunicación, centrales de energía y guarniciones militares, cercos a poblaciones estratégicas, etc.) y luego, dar un salto cualitativo pasando de acciones de tipo guerrilleras a consolidar zonas de control¹⁹, es decir, "regiones del país donde ni el ejército ni la administración estatal ejercen una autoridad permanente"²⁰.

Lo peligroso, no eran los combatientes armados y escondidos en los poblados -débiles en número inicialmente-. Lo peligroso lo constituían en cambio, los nuevos vínculos trabados entre las distintas organizaciones sociales y comunidades, de los cuales los guerrilleros eran sólo su expresión armada. Era la forma de sostener los reclamos lo que amenazaba pilares claves del orden oligárquico y excluyente que tantos réditos había significado a las "catorce familias"²¹.

La respuesta del gobierno, las fuerzas armadas y los grupos paramilitares

Ante este desafío, el ejército -ahora con mayor cantidad de recursos provenientes de Estados Unidos- se torna insuficiente: acostumbrados a apalear campesinos desarmados, y entrenados en modos convencionales de lucha, los militares deberán ser readoctrinados y complementar su accionar represivo con una intrincada red paramilitar.

¹⁵ Siegel, D. Y Hacken, J. op cit..

¹⁶ Armony, A.: *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1999.

¹⁷ Salazar Valiente, M. *El Salvador: crisis, dictadura, lucha...* (1920-1980). En GONZÁLEZ CASANOVA, P. (coord.) *América Latina: historia de medio siglo*. Siglo XXI Editores, México, 1984.

¹⁸ Torres Rivas, E. Op. Cit.

¹⁹ Schwartz, C y Cuenca, B: *El camino militar-electoral de la administración Reagan para El Salvador versus la negociación política*. En AAVV: *Centroamérica: crisis y política internacional*. Siglo XXI Editores. México DF - 1982

²⁰ Rouquie, A. Op. Cit. P. 232

²¹ Anderson, T. op. Cit..

Constituida por grupos denominados “escuadrones de la muerte”, esta red paramilitar surge a fines de los ‘50, cuando en la población salvadoreña se sentían aún las huellas represivas de la terrible masacre de 1932 y ciertamente, las guerrillas revolucionarias no tenían ningún tipo de incidencia.

Dos organismos sobresalieron en esta red, ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) y ANSESAL (Agencia Nacional de Seguridad de El Salvador). Su forma de operar – paraestatalmente y conjugando asesinatos a mansalva y precisa selección de las víctimas-, y la evidente connivencia con el poder e impunidad con la que se movían, tornaba su accionar totalmente incomprensible e imprevisible, generando terror, no sólo en los grupos más evidentemente atacados, sino también, en el resto de la sociedad.

Esta difusión del miedo y el terror en todo el grupo social buscaba desmovilizar a las masas y debilitar y resquebrajar los lazos solidarios construidos entre los diferentes grupos –armados o no- del campo popular. Este aislamiento constituye un momento clave en la prosecución del objetivo genocida²². Y no será llevado a cabo únicamente por los escuadrones de la muerte, sino también por el propio ejército.

Inicialmente, como respuesta al fortalecimiento de la movilización popular y la guerrilla, las Fuerzas Armadas salvadoreñas -que cuentan con dinero proveniente de Estados Unidos-, dan inicio a una escalada represiva que continuará hasta 1983. Este recrudecimiento de la represión, se traducirá en 38.000 muertes entre 1979 y 1983, muertes entre las cuales se cuenta el asesinato del Arzobispo Carlos A. Romero.

Fuerzas militares y paramilitares actuarán en conjunto combinando una eliminación selectiva (dirigida a líderes y miembros de las organizaciones político-militares y los frentes de masas) con matanzas indiscriminadas (tales como ataques aéreos y redadas periódicas en las regiones controladas por la guerrilla).

"La junta de gobierno parece decidida a exterminar la oposición (...) cada vez parece cobrar más fuerza y, en la medida en que se ha ido fortaleciendo, las prácticas represivas y de aniquilamiento han ido adoptando un carácter indiscriminado: de cateos y peinas se ha pasado a bombardeos de zonas rurales enteras; de las ‘operaciones de limpieza’ a la ‘acción militar definitiva’. El exterminio del pueblo salvadoreño por la Junta Militar Demócrata Cristiana es cada día mayor"²³.

"La radio da comunicación de la Junta de Gobierno. Según ellos, las Fuerzas Armadas no han intervenido para nada en la matanza. (...) Por las calles circulan grupos civiles de

²² Feierstein, D. op cit.

²³ Álvarez Solís, et al. 1982, p.169

organizaciones fascistas armados. Bombas y ametralladoras se suceden por las calles de San Salvador. El objetivo son las casas de los militantes de izquierda o las barriadas de chabolas donde viven los pobres "24

Se producirán también decenas de "operativos militares constantes contra sindicatos, partidos, universidades, iglesias y casas particulares"25, bombardeos para aterrorizar y despoblar, desalojo masivo en zonas conflictivas, asesinato y desaparición de dirigentes del movimiento revolucionario, hiperactividad de los escuadrones de la muerte, y un aumento exponencial de presos políticos26.

Los resultados de esta nueva oleada represiva serán la eliminación o el pase a la clandestinidad de muchísimos miembros del movimiento opositor que, sin embargo, no dejaba de engrosar sus filas. Para el año 1983, la presencia en territorio salvadoreño de dos fuerzas militares con capacidad de violencia no equivalente pero sí pasible de ser sostenida por 10 años, con mandos unificados, territorios y población controladas y reconocimiento internacional como fuerza beligerante27, hacían imposible pensar en algo diferente a una guerra civil, que por otra parte, se había declarado formalmente dos años antes. Los suministros económicos, de armamento, asesoramiento y entrenamiento militar estadounidense no habían bastado para acabar con esta fuerza que seguía en franco ascenso. La "teoría del dominó" -que presagiaba la imposibilidad de controlar el istmo centroamericano si, a las revoluciones cubana y nicaragüense, le seguía la salvadoreña- ganaba adeptos; y las críticas al interior de Estados Unidos comenzaban a ser más fuertes. Se hacía necesaria una nueva estrategia que pusiera finalmente orden en el "patio trasero".

De la guerra sucia a la “contrainsurgencia”

Se lleva a cabo una costosa “reorientación de la violencia estatal” que implicó el fortalecimiento del ejército y el readoctrinamiento del mismo en la teoría contrainsurgente.

Algunos investigadores sostienen que fue el ingreso a El Salvador de 100 millones de dólares provenientes de EEUU, lo que financió el pasaje de la “guerra sucia” a la contrainsurgencia. Se intentó convertir así al ejército salvadoreño en una agresiva máquina de guerra no convencional. Entre los años 1980 y 1987, el número de hombres de las fuerzas de seguridad ascenderá de 12.000 a 53.00028, muchos de ellos entrenados en la doctrina de la contrainsurgencia.

²⁴ Testimonio de Morales, José Luis: "La masacre del 22 de enero de 1980" en Organización de los Estados Americanos (OEA.) Informe sobre la situación de los derechos humanos en El Salvador. Secretaría General de OEA, Washington DC, 1994:. Pp 152.

²⁵ Álvarez Solís, et al. 1982, p.162

²⁶ Villalobos, J., Armijo, C. El Salvador: Balance y perspectivas de la guerra. Edit. Antarca. Buenos Aires. 1986.

²⁷ Rouquie, A. Op. Cit.

²⁸ Siegel y Hacken, op. Cit. p.152

Por otra parte, siguiendo los consejos de los expertos franceses, se enfatiza en la "guerra por la muchedumbre". En la profunda convicción de que "el único territorio por el que se debe luchar son los quince centímetros comprendidos entre las orejas de los campesinos"²⁹ se buscará poner fin a las redadas masivas, los ataques extensos y la violencia paramilitar brutal y desorganizada, se despliegan formas menos evidentes de represión, como secuestros, amedrentamientos y aplicación de torturas. Se multiplican las operaciones psicológicas -difusión de propaganda y manipulación de los medios de comunicación-, se organizan patrullas de defensa civil y se desarrollan programas de acción cívica, tales como el Plan Nacional de AID (1983) y el Plan Unidos para la Reconstrucción (UFR, por las siglas de *United for Reconstruction*) en 1986³⁰.

Se necesita golpear a la guerrilla en dos puntos precisos: el apoyo popular y el control sobre territorios que deriva de dicho apoyo. Los lazos que relacionan las diferentes instancias del movimiento popular se encuentran en la mira de las costosas armas del ejército salvadoreño; lazos que son por otro lado, los que sostienen a quienes participan directamente en la lucha armada.

Los civiles: partes contendientes en la guerra

Según la teoría contrainsurgente, "las masas constituyen la retaguardia estratégica o logística de la guerrilla". Estas masas -básicamente, ancianos, mujeres y niños, que habitan en las áreas disputadas-:

“proporcionaban a la guerrilla alimentos, ropa, refugio, medicinas e información [...] El 25 de enero de 1984, en un cable del embajador estadounidense en El Salvador, se describe a las masas como ‘civiles que no pueden considerarse espectadores inocentes’, en virtud de que ‘viven en estrecha proximidad a’ y están ‘entremezclados con’ el ejército rebelde”³¹.

En tanto “retaguardia estratégica o logística de la guerrilla”, los civiles son considerados parte contendiente en la guerra emprendida contra la guerrilla, esto implica la caracterización de los mismos como “individuos que deben ser asesinados o aterrorizados para que obedezcan, u obligados a huir de las áreas disputadas, con objeto de separar el *pez del agua*”³²

Es por esto que, desde la perspectiva contrainsurgente, una de las tareas más importantes de las fuerzas de seguridad, era sembrar terror entre la población civil. El blanco de la operatoria no son entonces, únicamente quienes portaban armas, sino todos aquellos que, con diversos niveles de compromiso, acompañaban la lucha emprendida por las organizaciones. En ese sentido, mientras

²⁹ Discurso de Waghelstein "*Low-Intensity Conflict in Post Vietnam Period*" expuesto el 17 de enero de 1985 ante el American Enterprise Institute. Siegel, D., Hacken, J. Op. Cit. P.175

³⁰ Este programa incluiría 4 etapas: depuración, consolidación, construcción y reconstrucción. Siegel, D., Hacken, J. Op. Cit.

³¹ Siegel y Hacken, 1990, p.154

³² Ib idem

el frente militar elimina guerrilleros en combate, pequeñas células integradas por militares y paramilitares persiguen, secuestran torturan y matan civiles movilizados.³³

CONCLUSIONES

Manual en mano, quienes se enfrentaban a las guerrillas en la era de la Doctrina de Seguridad Nacional, tenían claro que la lucha no era sólo militar, sino “integral”³⁴. Enfrentaban a la vanguardia de los movimientos populares atacando su articulación con las bases. Era imperioso aislar a la guerrilla, la doctrina de contrainsurgencia así lo requería. El objetivo, no era únicamente la eliminación física de las mismas, sino algo mucho más amplio: la desmovilización total, la difusión del terror, el inmovilismo político, la desarticulación de la sociedad y el aislamiento de sus fracciones más radicalizadas. Acabar con la fuerza social enemiga, pero también con las relaciones sociales que la identificaban, con la posibilidad de que esa fuerza social fuera actualizada en un futuro; tal es el objetivo del genocidio reorganizador, según la definición de Daniel Feierstein³⁵.

El escenario de guerra civil complejiza el análisis que no intentará ser simplificado aquí. Sin embargo, el caso de la represión que sucedió a la rebelión de 1932 plantea puntos de contacto con éstos sucesos.

También en 1932 se buscó desactivar ciertas y determinadas relaciones sociales –como las que sostenían a la comunidad indígena- para su posterior reemplazo por nuevas relaciones de otras características (heterónomas, acríicas, no solidarias)³⁶, más funcionales a la moderna producción cafetalera. La eliminación física de porciones significativas de dicha comunidad no bastaba; se hacía nuevamente necesario obturar la posibilidad que nuevos sujetos sostuvieron similares reivindicaciones. La paranoia racista, presente en Centroamérica desde la época de la colonia, se funde con la paranoia anticomunista. De aquí en más, ser indígena constituye un delito, y vestir sus prendas, hablar su idioma una provocación.

Como vemos, el fuerte entramado social, las relaciones de cooperación y solidaridad que sostienen una práctica que cuestiona cierto orden –como fue el caso del movimiento popular salvadoreño a partir de los ‘60, como fueron por ejemplo, las cofradías indígenas- son clave para definir el éxito de una estrategia que apunta a “reorganizar la sociedad, estructurando otro tipo de vínculos hegemónicos”³⁷

³³ “Alto a la represión. Comunicado del Movimiento Independiente de Profesores y Técnicos, la Universidad de El Salvador y la Universidad Centroamericana. Marzo de 1980. en Álvarez Solís, et al. Op cit P.169

³⁴ Schwartz, C y Cuenca, B: op cit

³⁵ D. Feierstein, op cit.

³⁶ Ib. idem.

³⁷ Ib. idem P. 104.

Ya vimos que el éxito en la práctica social genocida de 1932 determinó una desarticulación social profunda en la sociedad salvadoreña que sólo pareció revertirse más de 30 años después. En esas tres décadas, las “14 familias” afianzaron aquel modo de producción que tantos réditos les aportó, valiéndose de sus cómplices militares, que no se cansaron de perseguir, reprimir y asesinar a miembros de una sociedad inerme, aterrorizada y desmovilizada.

¿Cuán exitosa fue la nueva arremetida –la desplegada durante los 80- contra las masas salvadoreñas? ¿Cuánto de esta pregunta se contesta observando El Salvador hoy, empobrecido, con altísimos índices de violencia social que buscan ser paliados con Planes de “Mano Dura” y “Súper Mano Dura”, con buena parte de su población exiliada, en suma, profundamente resquebrajado en su entramado social?